

(Publicado en Béjar. Biz en 2011).

MÉRITOS

J. Francisco Fabián

Hay gente que cree que ser de la oposición política en un ayuntamiento o en una comunidad regional o en Estado mismo es una cosa fácil. Tan fácil como estar ahí, ganar un dinerillo, ir a algunas comidas de consenso, hacer unos viajes de vez en cuando y desde luego, no tener el estrés de lo que hacen los otros, los que gobiernan. Los que gobiernan se supone que lo hacen para buscar soluciones a los continuos problemas de los ciudadanos, teniendo que soportar adicionalmente la pesadilla de los contrarios, dando todo el día por saco con unas cosas o con otras, con razón, con algo de razón o sin ella, pero sin parar, dale que dale. Pues bien, no es así, no es fácil hacer oposición o por lo menos no es fácil ser portavoz de la oposición. Cierto que se vive mejor que el que gobierna, aunque, ¡qué cosas!, a pesar de todo quieren gobernar. Cierto que en la oposición si te lo montas bien no vas a pasar noches insomnes dándole vueltas y vueltas a las cosas, ni vas a tener la ansiedad mañanera de la solución ineludible de los problemas de la gente. En apariencia es sólo levantarse, darse la ducha, desayunar con relajado viendo la prensa para tomar posiciones y acudir al trabajo sabiendo que eres tú el que atacas, porque vives de algún modo de eso, eres la oposición, ¡ja! Cierto todo eso, pero muchos no se dan cuenta que ser de la oposición y tener que decir algo cada día de los otros es un duro trabajo que exige condiciones. No vale cualquiera. Cada día hay que ser oposición para parecer oposición, porque si no lo pareces es como si no lo fueras y el ciudadano en los ratos libres exige que haya caña, pelea, aunque luego diga que está cansado de eso y que vaya con lo que es la política. (¿En qué quedamos?). Cada día hay que hacer unos deberes que consisten en ver que han dicho los otros para decir lo contrario, utilizar una frase graciosa, a poder ser pegadiza y quedar como que no dan una a derechas en lo que hacen los que tienen el poder para hacerlo. La frase pegadiza, a poder ser graciosa, es muy importante porque es lo que le queda a la gente, puesto que de oír decir que los otros hacen todo al revés ya estamos acostumbrados. Un portavoz que además tiene cierta gracia o un buen asesor de ocurrencias puede llegar lejos.

Estos tipos casi nunca dicen lo que hay que hacer con claridad, dicen frases que escuchadas sin mucha atención suenan a que lo saben, pero lo dicen, lo cual bien pensado lleva a creer que son unos listos y nosotros tontos perdidos cuando no sabemos reconocer la treta. Una vez le reproché a uno de estos funcionarios de la oposición que no diera en realidad explicaciones sobre como lo haría él y su partido en cada una de las cosas que decía, simplemente que los otros no tenían ni idea y me dijo alzando el dedo categóricamente que no me confundiera con él, que es que si lo decía se lo copiaban y que a ver qué iba a poner en el programa electoral cuando tocaran elecciones. Yo le dije que, hombre, que no le importara decirlo, que no tuviera reparos en que se lo copiaran los que gobiernan, porque al fin y al cabo unos y otros estaban ahí para hacerle la vida más fácil al pueblo. Pero me vino a decir que si, que vale, que lo que yo quisiera, pero que el pueblo tenía que saber esperar su momento, el de recibir la solución a sus problemas, porque el sistema decía que la cosa de las soluciones es cada cuatro años. Me quedé pensativo y con una mano apoyada en la zona de la boca dije muy metido en la realidad: “Ya, ya sé cómo dices” y lo dejamos ahí.

No, no es fácil ser de la oposición para un opositor acomodado de nuestro tiempo. Y sino, escuche lo que me parece a mi que es un trabajo duro. Lo primero que tiene que hacer este portavoz de la oposición es convencerse así mismo de que piense lo

que piense en realidad va a pensar como por arte de magia lo contrario que lo que piensa el que gobierna. Esto no es fácil, aunque lo parezca. Requiere adiestramiento. De la noche a la mañana uno no domina el raciocinio como para decirle que en este trabajo muchas veces hay que ir en contra del propio pensamiento. ¿Fácil? Pues no. Piense que ha ido al cine y le ha gustado la película. Bueno pues ahora salga del cine y dígame a sus amigos que era un tostón. Eso cuesta, porque la cabeza te dice para adentro que no, sí es que te ha gustado. Eso sí, una vez que lo consigues unas cuantas veces, luego ya es coser y cantar. Te acostumbras y ya sólo es ver lo que han dicho los contrarios para decir que no tiene ni idea, que cada vez lo hacen peor, que están perdidos, que engañan al pueblo (con lo que vende esto último). Es como una adolescenciación de la política. Se trata de llevar la contraria a cualquier precio para reafirmarse.

Y cuando el opositor ha conseguido domesticar a su raciocinio, luego ya es sólo buscar la frase o, si estás muy alto, que la den escrita unos que trabajan en buscarle frases y estrategias a estos pollos.

Lo que joroba es que no tienen toda la culpa ellos de ser así de simples. Ellos son una consecuencia de nosotros, porque si les pidiéramos otra cosa, si nos preocupáramos más por ponerles firmes, si nosotros mismos nos trabajásemos las cosas de otra manera, ellos serían también una consecuencia de nosotros y su trabajo sería más en el beneficio real de lo público y menos de mantenerse ahí con sus prebendas. Cierto que tendrían que trabajar menos en buscar la frase de cada día (con lo duro que parece eso), pero haríamos de la política algo en lo que creer y no tendríamos tantas dudas como tenemos. Ay!